

## LIBRO CATORCE.

## SUMARIO.

*Persuade Mentor á Idomeneo que destierre á Protesilas y Timocrátes á la isla de Samos, restituya en sus honores y traiga á su lado á Filocles. Comisionase para ello á Hegesipo, que gustoso lo pone en ejecucion. Llega con ámbos á Samos, donde vuelve á ver á su amigo Filocles, tan contento en la pobreza y soledad, que resiste volver con los suyos; mas despues que reconoce que esta era la voluntad de los dioses, se embarca con Hegesipo, arriba á Salento, donde Idomeneo le recibe amistosamente.*

DESPUES de haber hablado así, le persuadió Mentor cuan justo y necesario era echar de sí á Protesilas y Timocrates, y restablecer á Filocles, cuya severidad era lo único que á Idomeneo detenia. Confieso, decia, que aunque le amo, temo algun tanto su vuelta; porque acostumbrado desde mi niñez á ser de todos y por todo alabado y complacido, necesariamente habré de sentir no serlo tambien de Filocles. Acuérdomme que si lo que yo hacia no era de su aprobacion, en aquel mismo instante me lo daba á entender con su tristeza. Si me hablaba en particular, es cierto que lo hacia de un modo respetuoso y moderado, pero seco y desabrido.

¿No veis, le replicó Mentor, que los príncipes alimentados con la lisonja encuentran seco y austero lo

que es libre é ingenuo? Llegan hasta imaginarse que no se tiene zelo por su servicio, ni respeto á su autoridad, si con una alma servil no se alaba aun el mas tiránico abuso de su poder. No hay palabra libre é ingenua que no se tenga por atrevida, satírica y sediciosa. Vienen á hacerse tan delicados, que todo lo que no es lisonja les ofende y les irrita. Pero llevémoslo mas al extremo, y supongamos que con efecto es Filocles seco y austero: ¿no os será mas útil su austeridad que la perniciosa adulacion de vuestros consejeros? ¿dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el deciros con franqueza la verdad, ¿no es por ventura lo que ménos debéis temer? ¿pero que digo? ¿no es precisamente un defecto necesario para corregir los vuestros, y vencer el disgusto con que la adulacion os hace oír la verdad? Vos, Idomeneo, necesitais un hombre que solo la ame á ella y á vos, y que os ame con mas cordura que aquella con que vos mismo os amais; que os hable á pesar vuestro con resolucion; que venza vuestra repugnancia, y este hombre es cabalmente Filocles. Acordaos de que es imponderable la felicidad de un príncipe, en cuyo reino nace un solo hombre con tan generoso carácter, que es el mas precioso tesoro de un estado; y que el mayor castigo que de los dioses puede temer, es perderle, hacerse indigno de poseerle, y no saber emplearle.

Está bien que conozcais los defectos de los hombres honrados, mas no por eso dejéis de servirlos de ellos. Procurad sí corregirlos, no os entreguéis ciegamente á su zelo indiscreto, pero oidles favorablemente, honrad su virtud, manifestad al público que sabeis distinguirla, y sobre todo guardaos de permanecer mas tiempo como hasta aquí. Los príncipes, aun despues de desengaña-



dos, se contentan como vos con despreciar á los inicuos, pero sin dejar por eso de emplearlos, de honrarlos con su confianza, y aun de colmarles de beneficios: précianse de conocer tambien á los virtuosos; pero sin darles mas que vanos elogios, no atreviéndose á emplearlos, ni á admitirlos á su trato familiar, ni á derramar sobre ellos sus beneficios.

Confesó Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en vindicar la inocencia oprimida, y castigar á los que le engañaron; y no le costó mucho á Mentor determinarle á que lo hiciese: porque héchole sospechoso é incómodo su valido, á nada está mas dispuesto un príncipe cansado ya de sufrirle que á derribarle. Su amistad se desvanece, olvídanse sus servicios, y mira con indiferencia su caída, con tal que no vuelva á ponérsele delante.

Ordenó inmediatamente el rey á Hegesipo, uno de los principales oficiales de palacio, que prendiese á Protesilas y Timocrates, les condujese con seguridad á la isla de Samos (1), les dejase en ella, y trajese á Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendióle á Hegesipo tanto la novedad de esta comision, que no pudo ménos de llorar de alegría. Ahora sí, le dijo al rey, que llenais de gozo á vuestros vasallos. Esos dos hombres son el origen de todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos. Veinte años hace que gimen bajo su yugo todos los hombres de bien, y que apenas se determinan á gemir: tan cruel es su tiranía. Y aunque

---

(1) Samos es una isla del Archipiélago cerca de la costa de Natolia, á unas dos leguas de Efeso; á esta isla se debe la invencion de la vajilla de barro.

se quisiera recurrir á vos por otra via que la suya, ¿cuánto no han oprimido á los infelices que lo han intentado!

Continuó Hegesipo descubriendo al rey un gran número de maldades cometidas por ellos, de las cuales no tenia ninguna noticia, porque nadie se atrevia á acusarlos. Díjole tambien lo que habia descubierto de cierta conjuracion tramada secretamente para que Mentor pereciese: y el rey quedó horrorizado de cuanto le dijo.

Apresuróse Hegesipo á asegurar á Protesilas en su casa; la cual, si bien no era tan grande como la del rey, era mas cómoda, mas alegre, de mejor gusto la arquitectura, y la tenia magníficamente adornada á espensas de los sudores de tantos miserables. Hallábase cuando llegó en un salon de mármol cerca de sus baños, tendido con languidez en un rico lecho de púrpura recamado de oro, como cansado y consumido de sus trabajos. En los ojos y sobrecejo se manifestaba un no sé qué de agitado, sombrío y feroz. Le estaban haciendo la corte los principales grandes del estado, los cuales cuidaban de acomodar el rostro á los movimientos que en el suyo notaban, observando para ello hasta la menor mirada. Apenas abria la boca, cuando todos se disponian á admirar lo que iba á decir. Uno de los principales de la corte le referia con ridiculas exageraciones lo que habia hecho en servicio del rey: otro le aseguraba, que engañada su madre por Júpiter, le habia dado el ser, y que de consiguiente era hijo del padre de los dioses: un poeta acababa de cantar ciertos versos en que le decia, que instruido por las Musas, habia igualado á Apolo en las obras de ingenio: otro, aun mas vil y bajo, le llamaba en sus versos el inventor



de las bellas artes, el padre de los pueblos, que por su medio vivían felices, y le pintaba con la cornucopia en la mano.

Oía Protesilas estas alabanzas con aquel aire seco, distraído y desdenoso de quien sabe que es mucho más lo que merece, y que es demasiado premio del elogio el dignarse de permitirle. Hubo un adulator que se tomó la confianza de decirle al oído cierta agudeza contra la policía que Mentor trataba de establecer: sonrióse Protesilas, y toda la asamblea se echó inmediatamente á reír, sin embargo de que la mayor parte no podía saber de que. Pero recobrando al instante Protesilas su aire severo y altivo, todos volviéron al temor y al silencio. Muchos nobles anhelaban el momento en que Protesilas se dignase de echar sobre ellos una mirada y oírlos: mostrábanse confusos y embarazados, porque tenían gracias que pedirle: sus posturas suplicantes intercedían por ellos; presentábanse tan sumisos como una madre al pie de los altares, cuando pide á los dioses la salud de su hijo único. Todos parecían contentos, aficionados, y en extremo admirados de Protesilas, aunque todos tuviesen contra él oculta en el corazón una rabia implacable.

Entra Hegesipo en este momento, tómale la espada, y le intima la órden que tenía del rey para conducirle á la isla de Samos. Al oírlo, cayó toda su arrogancia como se desgaja una roca de la cima de una inaccesible montaña. Arrojáse trémulo y turbado á los pies de Hegesipo; llora, duda, tiembla, y abraza las rodillas de quien una hora ántes no se hubiera dignado de honrar con una mirada. Viéndole perdido y sin remedio, aquellos mismos que acababan de adularle, convirtiéron las lisonjas en desapiadados insultos.

No le dió tiempo Hegesipo para que se despidiese de su familia, ni tomase ciertos papeles secretos. Todo le fué aprendido y llevado al rey. Timocrates fué preso al mismo tiempo, y sorprendido extraordinariamente: porque creía que enemistado con Protesilas, no sería comprendido en su ruina. Parten, pues, en un navío, llegan á Samos: déjales Hegesipo en aquella isla; y para colmo de su desventura les deja juntos. ¡Qué improperios, con que furor, con cuanta rabia se vituperan! Atribuye el uno al otro los males que ámbos han causado, y á ellos el motivo de su fatal caída. Vense sin esperanza de volver á Salento, condenados á vivir léjos de sus mugeres y de sus hijos: no digo que de sus amigos, porque jamás tuviéron ninguno. Déjales en un país desconocido, en que no tienen otro medio para vivir que el de trabajar aquellos mismos que habían pasado tantos años en las delicias y en el fausto; y ahora, semejantes á dos fieras, están mutuamente dispuestos á despedazarse.

Abandonados á su propio furor les dejó Hegesipo, el cual averiguó que Filocles habitaba léjos de la ciudad en una montaña, donde había una gruta que le servía de albergue. Todos le hablaban con admiración de aquel extranjero. Desde que está en la isla, decían, á nadie ha ofendido. Todos admiran su paciencia, su amor al trabajo, y su tranquilidad: nada tiene, y está siempre contento. Aunque sin intervención en los negocios, sin bienes, ni autoridad alguna, no por eso deja de favorecer á los que lo merecen, y de hallar mil medios de complacer á sus vecinos.

Con estas noticias se dirige Hegesipo á la gruta, y la halla desocupada y abierta, pues la pobreza y simplicidad de costumbres de Filocles le dispensaban de



cerrarla cuando salia. Una estera de junco le servia de cama : rara vez encendia lumbre , porque no comia nada cocido : en el estio se mantenía con frutas del tiempo , y en el invierno con dátiles é higos secos. Una fuente cristalina , que al caer de una roca formaba una cascada , le refrigeraba , y apagaba la sed. No habia en la gruta mas que los instrumentos necesarios á la escultura , y algunos libros que leía á ciertas horas , no por adornar su entendimiento , ni por curiosidad , sino por instruírse , al paso que descansaba del trabajo , y por aprender á rectificar mas sus costumbres. Si se dedicaba á la escultura , era por ejercitar las fuerzas , huir la ociosidad , y ganar la vida , sin necesitar , ni ser gravoso á nadie.

Al entrar Hegesipo en la gruta , quedó admirado á vista de ciertas estatuas que tenia empezadas. Reparó en un Júpiter , cuya serenidad de rostro , y plenitud de magestad era tal , que fácilmente se le reconocia por el padre de los hombres y los dioses. A otro lado estaba Marte , en quien se descubria una fiereza bronca y amenazadora. Pero lo mas reparable era una Minerva animando á las artes : su rostro noble y afable , alta y desembarazada estatura , y en una actitud tan viva , que no parecia sino que iba á echar á andar.

Despues de haberse detenido en la gustosa contemplacion de estas estatuas , se salió de la gruta , y vió á lo léjos á Filocles leyendo á la sombra de un frondoso árbol ; dirígese hácia él ; véle Filocles , y no sabe que creer : ¿no es este , decia en su interior , aquel Hegesipo , con quien tanto tiempo he vivido en Creta ? ¿pero como es creíble que haya venido á una isla tan apartada ? ¿no es mas verosímil que sea su sombra venida de las márgenes de la Estigia ?

Miéntas estaba en esta duda se acercó tanto Hegesipo , que no pudo ménos de reconocerle y abrazarle. ¿Sois vos , decia , mi caro y antiguo amigo ? ¿qué casualidad , que tormenta os ha arrojado á esta costa ? ¿Porqué habeis abandonado la isla de Creta ? ¿es acaso alguna desgracia semejante á la mia la que os arranca á nuestra pátria ?

No por cierto , le respondió Hegesipo. No una desgracia , sino el favor de los dioses es el que aquí me conduce. Inmediatamente le contó la larga tiranía de Protesilas , sus intrigas con Timocrates , las desgracias en que habian precipitado á Idomeneo , la caída de este príncipe , su fuga á las costas de la Hesperia , la fundacion de Salento , la llegada de Mentor y Telémaco , las sabias máximas con que habia Mentor fortificado el espíritu del rey , y la justa caída de los dos traidores , añadiendo que les habia llevado á aquella isla para que en ella padeciesen el destierro que á él le habian hecho sufrir , y concluyó comunicándole la órden que tenia de conducirle á Salento , donde el rey , satisfecho de su inocencia , queria honrarle con sus confianzas , y colmarle de beneficios.

¿Veis , le respondió Filocles , esa gruta , que mas parece albergue de fieras que habitacion de hombres ? pues ya hace muchos años que disfruto en ella mas satisfacciones y tranquilidad que en los palacios dorados de la isla de Creta. Ya no me engañan los hombres : porque como no trato con ellos , estoy libre de la ponzoñoza lisonja que derraman en sus discursos : ni lo necesito , porque mis manos encallecidas con el trabajo me dan fácilmente la simple manutencion que me es necesaria , é ya veis cuan corta porcion de paño basta á cubrirme. Si aquí no padezco necesidades ,



gozo de una paz inalterable, y de una dulce libertad, de la cual en mis libros aprendo á hacer un buen uso. ¿Qué tengo yo que ir á buscar entre los hombres envidiosos, falaces é inconstantes? No, mi querido Hegesipo, no os pese de mi felicidad. Protesilas fué traïdor á sí mismo, queriendo serlo al rey, y matarme. Pero ningun mal me hizo, ántes sí el mayor de los bienes, pues me libró del tumulto y de la servidumbre á que reduce el desempeño de los negocios: yo le debo mi amable soledad, y todos los inocentes placeres que en ella gozo.

Volved, ó Hegesipo, volved al rey: ayudadle á soportar las miserias anejas á la grandeza, y haced á su lado lo que quisierais que yo hiciese. Y pues sus ojos, por tanto tiempo cerrados á la verdad, han sido en fin abiertos por ese sabio que llamais Mentor, que le retenga cerca de sí: que á mí, despues de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto, á que felizmente me arrojó la tormenta, para volverme á esponer á la inestabilidad de los vientos. ¡O cuan de compadecer son los reyes! ¡y cuan dignos de compasion los que les sirven! Si son inicuos ¡cuanto hacen sufrir á los hombres, y que tormentos les aguardan en el negro tártaro! Y si son buenos ¡qué dificultades no tienen que vencer, qué lazos que evitar, y qué males que sufrir! Vuelvo á repetiroslo, Hegesipo, dejadme disfrutar de mi dichosa pobreza.

Miéntras Filocles empleaba la mayor vehemencia en persuadir á Hegesipo, estaba este admirado de verle, acordándose de que cuando en Creta tenia á su cargo los asuntos mas graves del reino, estaba flaco y estenuado, porque su natural activo y austero le consumia: no podia ver sin indignacion el vicio impune:

queria una exáctitud en los negocios, que jamas se halla, y de aquí la decadencia de su delicada salud; pero en Samos le veía robusto y vigoroso: á pesar de los años se habia renovado la juventud en su rostro, tanto se habia mejorado su temperamento con la vida sobria, tranquila y laboriosa que disfrutaba.

Bien conozco que os admira, le dijo Filocles sonriéndose; la mudanza que en mi constitucion notais: la soledad me ha rejuvenecido, y á ella debo la perfecta salud que disfruto; gracias á mis enemigos, que me han dado lo que no hubiera conseguido en la mas próspera fortuna. ¿Cómo, pues, quereis que deje los verdaderos por los falsos bienes, y que vuelva á sumergirme en mis pasadas miserias? No seais mas cruel que Protesilas: á lo ménos no me envidieis la fortuna que le debo.

Hegesipo le representó, aunque por entónces inútilmente; todo lo que creyó propio para persuadirle. ¿Seréis por ventura, le dijo, insensible al placer de volver á ver á vuestros parientes y amigos, que tan deseada tienen vuestra vuelta, y á quienes solo la esperanza de abrazaros colma ya de alegría? ¿pero como es posible que quien como vos teme á los dioses, y faltar en lo mas mínimo á lo que está obligado, mire con indiferencia el servir á su rey, ayudarle á hacer todo el bien á que está dispuesto, y el ser el instrumento de la felicidad de sus pueblos? ¿es acaso lícito abandonarse á una filosofía salvage, preferirse al resto del género humano, y la tranquilidad y reposo propio al bien estar de todos sus conciudadanos? Si así lo hicierais, dariais lugar á que se creyera que por un efecto de resentimiento no querais ver mas al rey: que si en algun tiempo os hizo mal, fué no conocién-



doos : jamas pensó arruinar al veraz , al bueno , al justo Filocles : diferente era el hombre á quien queria castigar. Pero ahora que os conoce , y que os tiene por quien realmente sois , siente revivir en su corazon toda la amistad que ántes os profesaba. Esperándoos está , é ya le veo abrir los brazos para estrecharos en ellos tan impaciente porque se verifique , que cuenta los dias y las horas que se dilata. ¿ Y habiais de tener un corazon tan duro , ni ser tan inexorable , que os resistieseis á los deseos del rey , y os negaseis á los de todos vuestros afectos amigos ?

Filocles , que al reconocer á Hegesipo manifestó la alegría que su vista le causaba , luego que le oyó , volvió á recobrar su aire austero. Semejante á una roca , contra la cual combaten inútilmente los vientos y las olas , así constante en sus designios , no había ruegos que le moviesen , ni razones que le determinasen. Pero en el momento en que empezaba Hegesipo á desconfiar de convencerle , se redujo Filocles á seguirle , resignándose en la voluntad de los dioses , que así se lo ordenaban en el vuelo de las aves , en las entrañas de las víctimas , y en otros diversos presagios que consultó.

Dispónese á partir ; mas no sin sentimiento de dejar un desierto en que había pasado tantos años. ¿ Cuan sensible me es dejarte , amable gruta mia , donde el tranquilo sueño venia todas las noches á buscarme , y en cuyos brazos descansaba de los trabajos del día ! Aquí las Parcas (1) , en medio de mi pobreza , me

(1) Fingen los poetas que hay tres Parcas , Cloto , Laquesís y Atropos , hijas de Erebo y de la noche , que

hilaban dias de oro y de seda. Prosternóse bañado en llanto á adorar la Nayade , que por tanto tiempo le había refrigerado con sus cristalinas corrientes , y las ninfas que habitaban en todos aquellos montes. Oyó Eco sus lamentos , y los repitió en triste acento á todas las divinidades campestres.

Fuéronse ámbos á la ciudad á disponer su embarco , y creyendo Filocles que el infeliz Protesilas avergonzado y resentido no querría verle , se ocultaba modestamente por no aumentar su desgracia con la presencia de un enemigo , cuya prosperidad iba elevando sobre su ruina ; pero se engañaba , porque los hombres corrompidos , como que no tienen ningun pudor , no hay bajeza á que no esten dispuestos ; y así fué que Protesilas no perdonó diligencia hasta encontrarle para moverle á compasion , y empeñarle á que le alcanzase del rey permiso para volver á Salento. Era Filocles demasiado sincero para ofrecerle semejantes oficios que no estaba dispuesto á emplear , porque conocia mejor que nadie cuan perniciosa hubiera sido su vuelta ; pero le trató con la mayor indulgencia y mansedumbre , le dió muestras de compasion , hizo por consolarle , le exhortó á que aplacase á los dioses con pureza de costumbres , y paciencia en los trabajos. Y como supiese que el rey le había privado de todos sus bienes injustamente adquiridos , le ofreció dos cosas , que cumplió fielmente : fué la una cuidar de su muger é hijos que permanecian en Salento en la mas estrema

presiden al destino y á la muerte. Cloto arma una rueca , Laquesís hila , Atropos corta el hilo ; lo que quiere decir , que la primera preside al nacimiento , la segunda al curso de la vida , y la tercera á la muerte.



pobreza , espuestos á la indignacion pública ; y la otra , enviarle algun socorro que le hiciese mas soportable su miseria .

Entretanto empieza á soplar un viento favorable ; y Hegesipo , que le esperaba con impaciencia , se aprovecha de esta ocasion para hacer que se embarque Filocles . Véles partir Protesilas : fija los ojos en la ribera , y sigue con ellos el navío , que surcando las ondas va poco á poco desapareciendo á impulsos del viento , ya no le vé , y todavía se le representa en su imaginacion . Hasta que por fin conturbado , furioso , y abandonándose á su desesperacion , se arranca el cabello , se revuelca en la arena , acusa de crueles á los dioses , y llama en su socorro á la muerte , que sorda á sus ruegos , le tiene por indigno de sus auxilios , y á él le falta valor para forzarla á que le libre de los males que padece .

Favorecido el navío de Neptuno y los vientos , tardó poco en llegar á Salento : fuéronle á decir al rey que ya entraba en el puerto , y sale inmediatamente con Mentor á recibir á Filocles , le abraza tiernamente , y le manifiesta lo sensible que le era haberle perseguido tan injustamente . Esta confesion , léjos de parecer debilidad , no hubo Salentino que no la mirase como el esfuerzo de una alma grande , que superior á sus propios defectos los reconoce para repararlos . Todos lloraban de alegría al ver aquel hombre que con sus virtudes se habia grangeado el amor de los pueblos , y al oír hablar al rey con tanta sabiduría y tanta bondad .

Recibia Filocles los agasajos del rey con semblante respetuoso y modesto , y le siguió hasta palacio impaciente ya por sustraerse á las aclamaciones del pueblo . Muy luego se trataron Mentor y él con la misma con-

fianza que si toda su vida hubieran vivido juntos ; y esto consiste en que los dioses , que han negado á los inicuos ojos para conocer á los buenos , se los han dado muy perspicaces á los que lo son para conocerse mutuamente . Los que profesan la virtud , no pueden estar juntos sin vivir unidos con los vínculos de la virtud que aman .

Inmediatamente suplicó Filocles al rey que le permitiese retirarse á un lugar solitario cerca de Salento , donde poder continuar viviendo pobremente como en Samos . Concedióselo el rey , que acompañado de Mentor iba casi todos los dias á verle á su desierto . Allí exâminaban los medios de consolidar las leyes , y de dar al gobierno una forma constante para mantener la pública felicidad .

Los dos puntos principales que exâminaron fuéron , la educacion de la juventud , y los ejercicios que se habian de establecer en tiempo de paz .

Los niños , decia Mentor , pertenecen ménos á sus padres que á la república . Ellos son hijos del pueblo , su esperanza , y su defensa ; y no es tiempo de corregirlos despues de pervertidos . Importa poco escluirlos de los empleos cuando se han hecho indignos de ellos : mas vale prevenir el mal , que hallarse en la precision de castigarle .

El rey que es el padre de su pueblo , lo es mas particularmente de la juventud , flor de la nacion ; pues así como en la flor se necesita preparar los frutos , así el rey debe velar y hacer que se vigile sobre la educacion de los jóvenes : sostener con firmeza la observancia de las leyes de Minos , que mandan imprimir en los niños el desprecio del dolor y de la muerte ; hacer consistir el honor en huir las delicias y las riquezas , y que la in-



justicia, la simulacion, la ingratitude y la molicie se tengan por vicios infames; que se les enseñe desde su tierna infancia á cantar las alabanzas de los héroes amados de los dioses, que han hecho acciones generosas por su pátria, y dado á conocer su valor en los combates, aficionándoles á la música, que con sus encantos dulcifique sus costumbres: que se les enseñe á ser tiernos con sus amigos, fieles á sus aliados, y equitativos con todos, aun con sus mas irreconciliables enemigos; y que teman ménos la muerte y los tormentos, que el menor remordimiento de la conciencia. Si con tiempo se imbuye á los niños en estas máximas, haciendo que sirva el canto á grabárselas en el corazon, pocos habrá que no se inflamen en el amor de la gloria y de la virtud.

Mas decia Mentor: que era de suma importancia el establecimiento de escuelas públicas en que se acostumbrase la juventud á los mas trabajosos ejercicios del cuerpo para evitar la molicie y la ociosidad. Quería que hubiese una gran variedad de juegos y de espectáculos que animasen al pueblo, y que particularmente sirviesen para ejercitar los cuerpos, y hacerles rectos, ligeros y vigorosos, señalando premios para excitar una noble emulacion. Pero lo que mas deseaba para que las buenas costumbres se mantuviesen, era que los jóvenes se casasen á su tiempo, y que los padres, pospuesto todo interes, les dejasen elegir muger, cuyas dotes de alma y cuerpo fuesen mas capaces de aficionarles, como mas conformes á su gusto.

Tratando así de los medios de conservar la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria. Filocles, apasionado por la guerra, le decia á Mentor: En vano ocuparéis los jóvenes en esos ejercicios, si les

dejais desfallecer en una paz continuada, en que no tendrán ninguna esperiencia de la guerra, ni necesidad alguna de dar muestras de su valor. Por este medio se debilitará insensiblemente la nacion, se afeminarán los espíritus, las delicias corromperán las costumbres, y á los pueblos helicosos les será fácil vencerlos, y por querer evitar los males anejos á la guerra, se vendrá á caer en una horrorosa esclavitud.

Son los males de la guerra, le respondió Mentor, mayores de lo que pensais, Filocles: ademas de agotar de todo á un estado, le ponen en el mayor riesgo de perecer; y esto aun cuando se consigan las mas completas victorias. Empiécese la guerra con todas las ventajas que se quiera, jamas se está seguro de acabarla sin esponerse á las mas trágicas inconstancias de la fortuna. Con cualquier superioridad de fuerzas que se entre en una batalla, cualquier error, por pequeño que sea, un terror pánico, una nada arranca la victoria de la mano que creía tenerla segura, y la coloca en las del enemigo. Mas aun cuando se la tuviese encadenada, no impide que uno se destruya á sí mismo, destruyendo á los vencidos: queda el pais despoblado, las tierras incultas, se entorpece el comercio, y lo que aun es mas de llorar, las mejores leyes se debilitan, y las costumbres se pervierten, la juventud abandona las letras, la urgente necesidad hace que se relaje la disciplina militar, y se toleren licencias que la son perniciosas: la justicia, la policía, y todos los ramos de buen gobierno se resienten de este desorden. El rey que por adquirir un poco de gloria ó estension de dominios derrama la sangre de tantos hombres, y causa tantas desgracias, es indigno de la gloria que busca, y merece perder lo que posee, por haber querido usurpar lo que no le pertenece.



Mas he aquí el medio de tener en ejercicio en tiempo de paz el valor de una nacion. Ya os consta los ejercicios propuestos , los premios que han de excitar la emulacion , las máximas de gloria y de virtud que deben inflamar las almas de los niños casi desde la cuna , por medio del canto de las grandes acciones de los héroes : añadid á estos auxilios el de una vida sobria y laboriosa ; pues aun hay mas : inmediatamente que una nacion aliada á la vuestra se halle en guerra , debe enviarse á ella la flor de vuestros jóvenes , particularmente aquellos en quienes se note genio marcial y mas disposición para que aprovechen las esperiencias. Por este medio conservaréis entre vuestros aliados una alta reputacion : vuestra alianza será tan apreciable como sensible el perderla ; y sin estar en guerra , ni sustentarla á vuestras expensas , tendréis siempre una juventud aguerrida é intrépida. Aunque en vuestros estados se disfrute de la paz , no por eso dejaréis de premiar con grandes honores á los inteligentes en la guerra ; pues el verdadero medio de alejar esta , y conservar aquella , es cultivar la disciplina y ejercicio de las armas , honrar á los que sobresalen en esta profesion , tener quien la haya ejercido en los países estrangeros , que conozcan las fuerzas , la disciplina y táctica de los pueblos vecinos ; y estar tan léjos de intentar la guerra por ambicion , como de temerla por debilidad. Y hallándose dispuesto á hacerla siempre que la necesidad lo exija , se consigue no hallarse casi nunca en semejante necesidad.

Respecto de vuestros aliados , cuando les veais en disposicion de romper entre sí , á vos os toca servir de mediador , con lo cual adquiriréis una gloria mas sólida y segura que la de los conquistadores , os grangearéis el amor y la estimacion de los estrangeros , que necesi-

tando de vos , reinaréis sobre ellos por la confianza , como reinais sobre vuestros vasallos por la autoridad. Vendréis á ser el depositario de los secretos , el árbitro de los tratados , el dueño de los corazones : vuestra reputacion se extenderá hasta los países mas remotos , y será vuestro nombre como una suave fragancia que se estienda de uno en otro país hasta las mas remotas naciones. En este estado , aun cuando un pueblo vecino os ataque contra las reglas de la justicia , os hallará aguerrido y preparado ; y aun lo que es mucho mas , anado y socorrido , porque todos vuestros vecinos se apresurarán á auxiliarnos , bien persuadidos á que de vuestra conservacion depende la seguridad pública. Este sí que es un apoyo que ofrece mas seguridad que todas las murallas y las plazas mas bien fortificadas ; y esta sí que es verdadera gloria. ¡Mas ay ! ; qué pocos son los reyes que saben buscarla , y que no se apartan de ella ! Corren tras una sombra engañosa , y se dejan el verdadero honor á las espaldas por no conocerle.

Despues que Mentor se esplicó en estos términos , le miraba Filocles asombrado , y se complacia del ansia con que Idomeneo depositaba en el fondo de su corazon todas las palabras , que como un rio de sabiduría salian de la boca de aquel estrangero.

Así Minerva , bajo la figura de Mentor , establecia en Salento las mejores leyes , y las mas útiles máximas de gobierno , no tanto porque floreciese el reino de Idomeneo , como por dar á Telémaco cuando volyese un ejemplo sensible de lo que un sabio gobierno puede hacer para que los pueblos sean felices , y para que un buen rey adquiera una gloria immortal.